

Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, durante la ceremonia de intercambio de condecoraciones con el presidente de Chile, Patricio Aylwin

Excelentísimo señor presidente
Patricio Aylwin;
señoras y señores:

En nombre del pueblo de México, vengo a cumplir la más feliz encomienda y a hacer realidad un anhelo de cercanía de los mexicanos con el querido pueblo chileno. Anudamos, de nuevo, un largo pasado de conocimientos mutuos, de historias entrelazadas, de plena simpatía en la creación cultural. Queremos hoy ver hacia el futuro con el ánimo de intercambio, con la voluntad de reconocernos como Estados latinoamericanos, contemporáneos del mundo.

En más de siglo y medio, México y Chile han vivido encuentros y reencuentros que suponen una fibra más profunda de unión que las escenas aparentes de la continuidad. Tuvimos, como dijo Neruda, una "soledad cruzada de sueños y de silencio", pero la visión de nuestros pueblos viven más allá de las circunstancias del tiempo y la distancia. Por eso, reiniciamos hoy un diálogo que sigue a muchas conversaciones pasadas, entusiasta por ver el siguiente paso y configurar el nuevo destino común. Como ayer, tenemos mucho de qué hablar, mucho de qué cooperar, mucho de dónde unirnos a Latinoamérica para que se nos escuche en el mundo, lista a competir en los términos del mundo mismo.

Celebramos, como nuestro, el magnífico renacimiento de los chilenos en las responsabilidades democráticas. En ellas batallamos todos por convicción y, también, para garantizar que los cambios que vivimos y los que habremos de realizar sean nuestros, de todos, de cada nación. Usted, señor presidente Aylwin, llamó a la unidad que es otra forma de llamar a la democracia, y en su voz escuchamos ahora a muchas voces pero a un solo pueblo chileno.

Ciento sesenta años han transcurrido desde que ambas naciones firmaron un tratado de amistad, comercio y navegación. Esa es prueba tangible de la alargada tradición y riqueza de nuestras relaciones diplomáticas. En ellas ha predominado el acercamiento, la cordialidad y el apoyo mutuo. Recordamos con afecto especial la visita a México del presidente Allende. Al igual que México, Chile es un país con un impresionante pasado indígena y un fuerte mestizaje, que lo ha hecho por tradición amante y promotor del arte y la cultura de nuestro continente. Por ello, no sorprende que nuestras relaciones hayan estado marcadas siempre por un peculiar afán estético, tanto como por un interés político y económico.

Pero hay algo nuevo. El tamaño de los retos exige esfuerzos internos en todos los países de América a la escala de nuestros mejores momentos en la historia. El futuro de nuestras naciones llama al cambio sostenido. Es el cambio que preserva identidades y afina sus contornos al mundo que asoma ya un nuevo rostro: el semblante del siglo XXI. Es el contexto internacional de economías globales, multipolar, revolucionando en los conocimientos y en las tecnologías que está teniendo un impacto irresistible en los hábitos de producción y consumo y en las formas de interacción so-

cial. Los nuevos bloques económicos incitan una más aguda competencia en la que sólo podremos participar siendo fuertes hacia adentro, anticipados en la innovación, abiertos al mundo, con objetivos claros.

En el momento actual, decisivo para América latina, no podemos permanecer distanciados ni dispersar nuestros esfuerzos. Los cambios internacionales presentan una nueva realidad para los países del continente; determinan un panorama de riesgos, pero también de nuevas oportunidades para los desarrollos nacionales. Ante ese desafío, los países de la región debemos configurar un modelo efectivo de solidaridad latinoamericana, sustentado en acciones concretas de cooperación, que sirvan al proceso de integración regional en los hechos y no en los ideales o discursos. Estamos comprometidos por el bienestar de nuestros pueblos en ampliar nuestra influencia en los mercados mundiales. De no ser así, perderíamos control de los destinos propios.

Chile y México han pasado por severas dificultades económicas. También han transitado por dolorosos ajustes, que nos permitirán ver esta nueva década con oportunidades más amplias. Juntos, será más fácil. Así lo han entendido nuestros obreros, nuestros empresarios, nuestros intelectuales, nuestras sociedades en su conjunto, y hoy, de nuevo, nuestros gobiernos.

Las experiencias son diferentes, pero nos ocupan los mismos objetivos. Los mexicanos estamos transformando nuestra economía y modificando nuestras prácticas políticas para incorporar a todos los beneficios de una vida colectiva, de tolerancia productiva, con servicios de calidad y con oportunidades de vida digna. Con disciplina fiscal, en consulta permanente entre los sectores de la sociedad, combatimos de frente la inflación y sentamos las bases de la estabilidad económica y el crecimiento sostenido.

Abrimos la economía a la competencia externa e interna desregulamos ámbitos de actividad e invitamos a la inversión extranjera a complementar el esfuerzo nacional. Privatizamos empresas no prioritarias y con ello apoyamos decididamente los programas sociales y las empresas que sí son estratégicas. Por la seriedad de nuestro proyecto y el temple de nuestro pueblo, quitamos de los hombros de los mexicanos el peso del sobreendeudamiento externo. Por todo esto, hay un horizonte más prometedor y nace un nuevo optimismo social. El Estado y la sociedad pueden hoy concentrar su atención y sus recursos en lo que importa más: fortalecer la soberanía de México en el exterior y construir una sociedad más justa en el interior. Con solidaridad respondemos más a quienes menos tienen para elevar su calidad de vida.

La modernización que México ha emprendido reclama valorar la transparencia en las relaciones del Estado y la sociedad, el respeto a los diferentes puntos de vista, a la primacía del interés general como el modo civilizado para realizar el interés particular y de grupo. Actualizamos la legislación electoral y promovemos el consenso y el acuerdo políti-

co para consolidar avances. Modernizarnos es, para nosotros, reconocernos en nuestra historia, fortalecer nuestras instituciones y, con su fuerza, prevalecer frente a los retos del mundo de hoy.

La conducta internacional de México, obedece al legado de su experiencia histórica. Su guía ha sido la de los principios de la no intervención en los asuntos internos de otros Estados y el respeto a la autodeterminación de los pueblos, la cooperación internacional para el desarrollo y la solución pacífica de las controversias. Principios que han sido forjados en el curso de nuestra vida independiente y soberana. La actuación respetuosa y consistente de México en todos los foros regionales y multilaterales, nunca ha sido impuesta por intereses circunstanciales o conveniencias transitorias. Sostener esta actitud de la diplomacia mexicana no siempre ha sido fácil: en algunas ocasiones le ha valido a México la incompreensión de naciones amigas; en otras, el distanciamiento por convicción: pero es una actitud que a la larga ha merecido el respeto de la comunidad internacional a los principios de nuestra política exterior.

Chile ha sido una nación de esfuerzos y de sensibilidades. Es, sin duda, tierra donde la civilidad y los términos de convivencia respetuosos tienen profundidad histórica. Su impresionante crecimiento económico recibirá ahora el impulso enriquecedor de la participación democrática, el peso de las opiniones variadas del pueblo chileno, el llamado a la cordura para que el esfuerzo sirva para el bienestar de todos. Principalmente, la democracia abrirá nuevos mercados y oportunidades antes alejados de la capacidad productiva de esta gran nación. Los retos del futuro, estoy seguro, encontrarán por respuesta la recia tradición civilista y democrática que ahora se recobra y una impecable sensibilidad política en los dirigentes chilenos.

México y Chile iniciaremos, paso a paso, la era más significativa de nuestras relaciones. Nuestras economías son hoy las más abiertas al comercio de toda la América Latina y por eso tenemos un potencial muy prometedor para un intercambio intenso. Queremos conocer del éxito de sus programas de exportaciones agrícolas. Buscamos ampliar el panorama de beneficio mutuo en el comercio, con enorme potencial en la producción, en los servicios, en la ciencia y la tecnología y también, sin duda, en la cultura y en las artes. Vamos a promover decididamente el libre flujo de libros y de ideas que tanta falta han hecho. Compartiremos experiencias y posiciones para orientar el potencial complementario de ambas sociedades.

En los organismos multilaterales, como usted lo ha señalado, señor presidente, podemos sumar fuerzas para apoyar la paz en el continente, la mejoría de los términos de intercambio con las naciones industrializadas y los nuevos bloques, la lucha contra el narcotráfico, y la cooperación para

te es el primero de muchos momentos en que nos felicitaremos por una vieja amistad, por un momento nuevo en la vida de nuestras naciones, por el indomable espíritu latinoamericano.

Señor presidente:

En este amado y esforzado continente de esplendorosas batallas, el idioma constituye el corazón compartido de nuestra patria. Es la luz que nutre las historias colectivas e individuales de las naciones que nos configuran en una misma unidad de destino. En efecto, nuestra historia es el relato de múltiples historias, siempre una y la misma, contada por nuestros narradores, cantada por nuestros poetas, forjada por nuestros héroes. Semilla sonora, las palabras de nuestras literaturas germinan en silencio, regalándonos los frutos atemporales de su visión: la visión de Lucila Godoy, nuestra Gabriela Mistral, que encontró en el continente la unidad del que ha comido en todos los climas el mismo pan de cien hermanos. El pan de Coquimbo, el pan de Oaxaca, el pan de Santiago.

Nuestros pueblos tienen la historia de los araucos y los aztecas en sus raíces, como ejemplo de recidumbre, de O'Higgins y de Morelos y de Juárez, como signos del afán de nacionalidad. Compartimos a Vicente Huidobro, a Gabriela Mistral, a Pablo Neruda, tanto como a nuestro Ramón López Velarde, a José Gorostiza y a Carlos Pellicer. La historia de nuestra literatura es también nuestra historia: espejo que nos refleja y revela, debatiéndose incansable entre la soledad y la solidaridad. La historia de nuestra poesía nos hermana tanto como la poesía de nuestra historia.

Compartimos con las naciones de América latina la conciencia de abrirnos al mundo para ser actores y no víctimas de su transformación. Compartimos, también, el entusiasmo y el talento de los chilenos ausentes temporalmente de su patria y de quienes hicieron de la nuestra, su hogar. Nos es común el nuevo sueño latinoamericano que se anima por la expresión duradera de Donoso: "el lugar sin límites", que bien puede hablar del futuro de nuestra América.

Señoras y señores:

Al reanudar relaciones diplomáticas nos propondremos profundizar vínculos e intercambios, ahondar coincidencias. Respetamos las diferencias y buscamos juntos aprovechar las oportunidades que representamos el uno para el otro. Somos más Latinoamérica. Que lo que hoy renace colme de prosperidad y libertad al pueblo chileno y al pueblo mexicano y que la salud y el éxito acompañen siempre al señor presidente, a su familia y al querido hermano pueblo de Chile.

Santiago, Chile, 23 de marzo de 1990.